

El desorden mexicano. Estado, partidos y movimientos en el México de hoy

Juan Diez*

Para quienes se asoman a la realidad mexicana de los últimos tiempos, quizás la imagen más representativa para describirla sea el desorden. Hace un poco más de una década atrás, Sergio Zermeno escribió un sugerente libro cuyo subtítulo es, justamente, «El desorden mexicano del fin de siglo», donde se refiere al fenómeno creciente de desordenamiento político y debilitamiento de lo social como una de las características predominantes de la aplicación de las políticas neoliberales en México. Teniendo en cuenta este contexto, en el presente trabajo se pretende abordar el proceso político mexicano actual, tratando de rastrear algunos elementos que permitan comprender la dinámica e interacción entre el Estado, los partidos políticos y una multiplicidad de movimientos y organizaciones populares que conforman la singular escena política mexicana.

Para quien visita durante un tiempo la ciudad de México, no por turismo sino por trabajo o actividades académicas —como fue el caso de quien escribe estas líneas¹— y tiene que

interactuar diariamente con ella, la imagen más representativa para describirla sería el desorden. No sólo el más evidente que se refleja en el tráfico de una ciudad que debe ver circular a diario alrededor de 20 millones de mexicanas y mexicanos que habitan el área metropolitana, sino que el desorden pareciera extenderse a todos los demás ámbitos. Y, en ese sentido, la escena política mexicana no logra escaparse a esta lógica implacable.

Ya en 1996, Sergio Zermeno escribió un excelente libro que justamente tituló *La sociedad derrotada. El desorden mexicano de fin de siglo*², donde se refiere al fenómeno cre-

ciente de desordenamiento político y debilitamiento de lo social como una de las características predominantes de la aplicación de las políticas neoliberales en México. Según el autor, el proceso de integración transnacional significó el dismantelamiento de los actores colectivos, las instituciones y los espacios de intermediación entre la sociedad y el Estado que se habían venido construyendo durante el período de fuerte industrialización y urbanización entre 1940 y 1980.

Desde una perspectiva más histórica, las reformas estructurales de corte neoliberal vinieron a profundizar el proceso de desarticulación del orden posrevolucionario mexicano que se abre hacia fines de los sesenta. Surgido de la revolución que vivió México a principios del siglo XX, el nuevo

* Licenciado en Ciencia Política (UBA) y Magíster en Estudios Latinoamericanos (UNSAM). Docente de la materia "Política Latinoamericana" e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, ambos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. <juancho.diez@gmail.com>.

¹ En septiembre de 2007 tuve la oportunidad de realizar una estancia de investigación en México, para la elaboración de mi tesis de maestría: "(Re)construyendo el proyecto político del movimiento zapatista. Desafíos y dilemas a partir de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona", gracias a una beca otorgada a través del Centro de Estudios Latinoamericanos (UNSAM) por el Programa de Promoción de la Universidad Argentina del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.

² Zermeno, Sergio. *La sociedad derrotada. El desorden mexicano de fin de siglo*. México: Siglo XXI Editores, 3ª edición, 2001.

sistema político se revistió de la legitimidad otorgada por presentarse como heredero de esas luchas revolucionarias. A medida que el sistema se fue consolidando hacia fines de los años veinte con la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR)³, y mucho más durante la siguiente década bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), la mayoría de las organizaciones obreras, campesinas y populares pasaron a formar parte de la estructura de control del partido de Estado. De esta manera, se fue arraigando una centralidad estatal en la constitución de lo social o, en palabras de Zermeño, una fuerte atracción hacia el vértice de la pirámide, como uno de los elementos más distintivos de la cultura política mexicana⁴.

Sin embargo, con el correr de los años, la independencia y críticas frente al Estado fueron tomando fuerza y constituyéndose en el eje de los conflictos, como lo pusieron en evidencia las luchas ferrocarrileras, magisteriales y estudiantiles de fines del cincuenta y sesenta⁵. En esa misma línea, el movimiento estudiantil de 1968 y la brutal respuesta del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) con la masacre en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, significaron un parteaguas en las luchas contra la hegemonía del partido oficial. Este acontecimiento no sólo puso en evidencia el autoritarismo y el carácter altamente represivo del régimen que justamente el movimiento denunciaba, sino que contribuyó a dar lugar a un lento proceso de apertura política del sistema. De todas maneras, esta apertura se fue dando como resultado de un complejo cúmulo de interacciones, protestas y presiones, pero que el régimen trató de mantener dentro de los márgenes institucionales y los ordenamientos electorales que fijaron las organizaciones partidarias –principal, aunque no exclusivamente, el PRI–. Esto supuso que se mantuviera prácticamente inalterada la cultura política forjada durante años de partido de Estado.

³ El partido fue creado en marzo de 1929 como una tentativa del saliente presidente Plutarco Elías Calles por tratar de canalizar institucionalmente los conflictos entre los caudillos y sus ejércitos surgidos durante las luchas revolucionarias. En 1938, durante el sexenio de Cárdenas, se reformó sobre la base de una estructura corporativa –sostenida sobre los pilares obreros, campesinos, militares y al que luego se le sumó el sector popular– y tomó el nombre de Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Finalmente, y sin el pilar militar en su estructura, el partido pasó a denominarse Partido Revolucionario Institucional (PRI) en 1946. Denominación que mantiene hasta el día de hoy.

⁴ Zermeño, Sergio, *op. cit.*

⁵ Hernández Navarro, Luis. “Zapatismo: entre el Estado y la autonomía” en *Colectivo Situaciones, Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Buenos Aires: Tinta Limón, diciembre 2005, pp. 113-137.

Teniendo en cuenta este marco, en el presente trabajo pretendo abordar el proceso político mexicano actual, que se abre con la campaña para las elecciones de 2006, tratando de rastrear algunos elementos que permitan comprender la dinámica e interacción entre el Estado, los partidos políticos y los movimientos y organizaciones populares que, con sus respectivos proyectos políticos, conforman la singular escena política mexicana.

Confrontación y polarización en el proceso electoral de 2006

La campaña electoral por la Presidencia no duró los 160 días que establece la ley, sino que empezó mucho antes, a mediados del sexenio de Vicente Fox, poniendo en evidencia el vacío de poder que existía desde entonces en el llamado “gobierno del cambio”. Con casi cuatro años de anticipación a las elecciones presidenciales, Andrés Manuel López Obrador se convirtió en un firme candidato a partir de su desempeño al frente del gobierno del Distrito Federal (DF) y de una estrategia comunicativa muy original y barata, que consistió en dar una conferencia de prensa diariamente a las seis de la mañana⁶. A partir de entonces, desde la Presidencia –y con el apoyo de los medios de comunicación– se lanzó una campaña para desacreditar a López Obrador. Primero en 2004, con la aparición de unos videos donde se evidenciaban actos de corrupción de funcionarios de su gobierno y, ante el fracaso de esos escándalos, se fue un paso más allá con el desafuero del Jefe de Gobierno del DF en 2005. Sin embargo, López Obrador supo aprovechar las críticas y acciones en su contra para proyectar su imagen, incluso más allá del PRD, convocando a una enorme cantidad de personas y presentándose como la principal figura de oposición y un candidato fuertemente rechazado por el sistema.

El desarrollo de la campaña no hizo más que confirmar las tendencias previas de una gran confrontación y polarización entre los partidos, sus candidatos y otros actores políticos y sociales. Puesto que se venía registrando desde tiempo antes una clara ventaja a favor de López Obrador en las encuestas, hacia mediados de marzo el PRI –y especialmente el PAN– cambiaron sus estrategias mediáticas, adoptando una agresiva campaña sucia contra el candidato de

⁶ Gómez Tagle, Silvia. “Las elecciones del 2 de julio en la consolidación del pluralismo político: México 2006” en Isidoro Cheresky (comp.), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*. Buenos Aires: Manantial, 2007, pp. 149-184.

la Coalición Por el Bien de Todos⁷. Al significativo papel de los medios de comunicación —mostrando la permanencia de uno de los rasgos que caracterizó al régimen priísta— se sumó la intervención de otros actores que aprovecharon el desorden legal-institucional para intervenir en las campañas por más que la legislación lo prohíbe expresamente, como fue el caso de la activa participación del entonces Presidente Fox, así como de algunos sectores de la Iglesia Católica y del Consejo Coordinador Empresarial, que impulsaron y financiaron propaganda electoral con un discurso similar al del panismo con el fin de crear una imagen negativa de López Obrador. Las respuestas de este último se manejaron entre la confianza en las intenciones de voto y el endurecimiento del discurso con un fuerte tono de intolerancia y confrontación.

Así, a diferencia de las anteriores elecciones donde los ordenamientos se estructuraron en torno al clivaje PRI/antiPRI, las de 2006 adquirieron un tinte ideológico inusitado en la política mexicana, ya que para una buena parte de las mexicanas y mexicanos López Obrador y Calderón representaban opciones políticas y programáticas distintas e, incluso, antagónicas⁸. Los simpatizantes del primero rechazaban la continuidad de las políticas económicas y demandaban un mayor intervencionismo del Estado, mientras que los partidarios de Calderón buscaban avanzar en las reformas neoliberales y con una política social más limitada.

Otro de los elementos que completó el escenario de la elección de 2006 fue la incapacidad del Instituto Federal Electoral (IFE) para impedir la guerra sucia mediática y la intervención de actores que están prohibidas por las leyes electorales⁹. A la falta de actuación del IFE se sumó la

⁷ El PAN lanzó una serie de *spots* electorales con el lema de que López Obrador “es un peligro para México”, exhibiéndolo como un personaje parecido al presidente venezolano Hugo Chávez y señalando los “riesgos de la violencia” o del “populismo” en caso de que ganara las elecciones. De manera similar, los *spots* del PRI lo mostraban como un político que no cumple con su palabra. Gómez Tagle, Silvia, *op. cit.*

⁸ Aziz Nassif, Alberto. “El retorno del conflicto. Elecciones y polarización política en México” en *Desacatos*, núm. 24, México, mayo-agosto, 2007, pp. 13-54, y Loaeza, Soledad. “La inestabilidad del sistema de partidos en México: 2000-2006” en Isidoro Cheresky (comp.), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*. Buenos Aires: Manantial, 2007.

⁹ El artículo 48 del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (COFPE) establece que “I. Es derecho exclusivo de los partidos políticos contratar tiempo en radio y televisión para difundir mensajes orientados a la obtención del voto durante las campañas electorales [...] 13. En ningún caso se permitirá la contratación de propaganda en radio y televisión a favor o en contra de algún partido o candidato por parte de terceros”. Mientras que el artículo 38 dice que “son obligaciones de los partidos políticos nacionales [...] p) Abstenerse de cualquier expresión

incapacidad de sus consejeros que no supieron reaccionar adecuadamente frente al escenario abierto por las elecciones del 2 de julio de 2006, donde los resultados reflejaron la polarización durante la campaña electoral y dieron una diferencia a favor de Calderón sobre López Obrador de menos de un punto porcentual¹⁰.

Sobre la base de esa diferencia y de irregularidades durante el proceso electoral, López Obrador impulsó un movimiento de protesta contra lo que consideró un fraude y demandó el recuento total de la votación, bajo el lema “voto por voto, casilla por casilla”¹¹.

El 6 de septiembre, el TEPJF pronunció un polémico fallo donde, si bien daba cuenta de buena parte de las irregularidades que se presentaron en el proceso electoral, concluyó que no afectaban el resultado de la elección y ratificó el triunfo de Calderón¹². En medio de protestas, movilizaciones y un fuerte despliegue policial, el primero de diciembre Felipe Calderón tomó posesión como Presidente de México.

Crisis y desorden partidario

Una semana después de asumir el gobierno, Calderón estableció la prioridad de su gobierno en el tema de la seguridad mediante el combate al crimen organizado y al narcotráfico. Con el pretexto de la guerra a los cárteles, el nuevo Presidente buscó una forma de legitimar su gobierno frente a las denuncias de irregularidades y de fraude. La estrategia le reportó a Calderón beneficios políticos inmediatos, pues creó una artificiosa sensación de fuerte liderazgo.

Sin embargo, en el largo plazo la política contra el narcotráfico ha demostrado estar lejos de resolver el problema, y más bien ha contribuido a hacer más complejo el escenario político nacional. La guerra declarada contra la delincuencia organizada y el narcotráfico no parece haber

que implique diatriba, calumnia, infamia, injuria, difamación o que denigre a los ciudadanos, a las instituciones públicas o a otros partidos y sus candidatos, particularmente durante las campañas electorales y en la propaganda política que se utilice durante las mismas”.

¹⁰ El 3 de julio, el Programa de Resultados Electorales Preliminares (PREP) del IFE dio información del 98,45% de las actas, otorgando una ventaja a favor de Calderón (35,91%) sobre López Obrador (35,29%) de 0,62%. Cuando se terminó el cómputo distrital de actas el 6 de julio, la diferencia se redujo a tan sólo 0,58%. Los resultados reflejaron también la polarización y división geográfica del país, puesto que el candidato del PAN ganó en 16 entidades federativas, mientras que el de la Coalición Por el Bien de Todos se quedó con las 16 restantes, mostrando una distribución territorial marcada por un norte y centro-occidente panista y por un centro y sur perredista.

¹¹ Aziz Nassif, Alberto, *op. cit.*

¹² Gómez, Tagle Silva, *op. cit.*

tenido los resultados buscados en su objetivo explícito, dada la escalada de violencia que generó no sólo en términos cuantitativos sino también cualitativos, poniendo en evidencia el gran poder que siguen teniendo las bandas y cárteles. La gran fragmentación de poder a nivel local y la corrupción del aparato estatal no hacen más que contribuir a que el poder del narco proliferen en los intersticios que encuentra en el sistema político y, no en pocos casos, en connivencia con éste.

Pero, a su vez, el combate al crimen organizado no sólo justificó un mayor margen de acción para los cuerpos policíacos y militares con el correlato de un aumento de violaciones a los derechos humanos, sino además la militarización de distintas zonas de México y la creciente criminalización de las protestas sociales.

Esta estrategia se ha complementado con la articulación de una amplia coalición de gobierno. En contraste con el anterior gobierno panista¹³, Calderón no ha buscado la ruptura abrupta con las tradiciones de la política mexicana, sino más bien han prevalecido las líneas de continuidad que le han permitido un mayor margen de negociación. A tal punto es así, que no son pocos los que advierten que cada vez se parece más al “estilo personal de gobernar”¹⁴ que caracterizó a los presidentes priístas. De a poco se ha ido imponiendo la inercia del viejo régimen, ahora a través de la lógica autoritaria del gobierno panista de Calderón, por ejemplo, al jugar un rol activo a la hora de determinar quién encabeza la presidencia de Acción Nacional, o en la elección de los candidatos a puestos de elección popular, como sucedió en las elecciones a gobernador de Yucatán, Baja California y Michoacán durante 2007. Pero no sólo en ese aspecto se asemeja al denostado régimen priísta. A esas decisiones se suma la alianza estratégica con el sindicalismo corporativo encabezado por la lideresa magisterial Elba Esther Gordillo, que ha jugado un papel destacadísimo en varias de las últimas elecciones –tanto en las federales de 2006 como a nivel de las entidades federativas– así como en la coalición de gobierno para impulsar algunas de sus políticas. Y en esa misma línea de continuidad con el régimen priísta puede verse también la abierta entrega a los intereses

¹³ Construida su imagen durante la campaña como “el gobierno del cambio”, Fox buscó romper con el pasado, tratando de gobernar por encima de los partidos (incluyendo el propio, Acción Nacional) e intentando modificar ciertos elementos de la cultura política mexicana.

¹⁴ Frase acuñada por el escritor Daniel Cossío Villegas para caracterizar al modo de gobernar en México, donde la dinámica política dependía fuertemente del Presidente como figura central con gran margen de acción y arbitrariedad, dada la fusión del partido hegemónico con el Estado.

económicos y mediáticos que se hace a los grandes medios de comunicación¹⁵.

A partir de esta estrategia y la conformación de una amplia coalición, el gobierno de Calderón ha logrado avanzar sobre varias de las reformas que tanto Zedillo como Fox habían tenido dificultades para llevar adelante: la reforma del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), la reforma fiscal, la reforma electoral, la reforma judicial y, recientemente, la polémica reforma energética.

Sin embargo, el gobierno no deja de mostrar claroscuros. Si por un lado ha logrado en buena medida consolidarse luego de los conflictos electorales de 2006 y ha conseguido avanzar en algunas reformas que no habían podido introducirse durante los anteriores gobiernos, muchas de las medidas han generado un importante movimiento de protestas e incluso tensiones entre los distintos partidos políticos y hacia adentro de los mismos¹⁶.

El conflicto electoral de 2006 no hizo más que profundizar las grandes tensiones no resueltas del PRD entre la institucionalización y sus liderazgos, entre ser movimiento y partido, entre ser oposición y ser gobierno. A eso contribuye la presencia de un fuerte pragmatismo entre algunas de sus corrientes que llevan al enfrentamiento entre sectores que buscan alcanzar acuerdos y compromisos con el gobierno (encabezados por la corriente Nueva Izquierda, conocida como “los chuchos”) y otros que mantienen la línea impuesta por López Obrador; de no negociar nada con el denominado “gobierno espurio”. Esta tensión interna entre las distintas corrientes y tribus es uno de los factores que más conflictos le ha generado, y en parte explica el gran retroceso electoral que tuvo el PRD durante las últimas elecciones locales¹⁷. Son varios y repetidos los choques, sobre todo entre los grupos perredistas con cargos electos y los del movimiento ciudadano y simpatizantes de López Obrador¹⁸.

¹⁵ Aziz Nassif, Alberto. “Los problemas no resueltos del PRD” en *El Universal*, México, 21 de agosto de 2007.

¹⁶ En algunos casos, se tuvo que dejar de lado el proyecto original de Calderón y se terminaron aprobando propuestas más negociadas, como en el caso de las reformas judicial y energética.

¹⁷ Aunque también habría que considerar otros dos elementos. Por un lado, el hecho de que, a pesar de sus veintidós años de existencia, todavía no ha logrado alcanzar una presencia real en todo el territorio nacional, situación que le impide a su vez tener un mayor control sobre los procesos electorales. Por otro lado, la reducción de la votación del PRD en relación a las elecciones federales de 2006 podrían confirmar que más bien se trató de un voto por López Obrador, que terminó arrastrando al PRD.

¹⁸ Las elecciones internas del PRD disputadas el 16 de marzo de 2008 no hicieron más que agravar los conflictos y polarizar las posiciones dentro del partido, puesto que los dos candidatos con mayor votación, Jesús Or-

A los problemas del partido del sol azteca también se agrega la incapacidad para consolidar el Frente Amplio Progresista –como alianza electoral y parlamentaria entre el PRD, el PT y Convergencia– en los procesos electorales recientes, pese a los esfuerzos de López Obrador. Muestra de ello es, entre otras cuestiones, que el PT ha postulado candidatos propios en las elecciones a gobernador en Zacatecas y Michoacán, mientras que se presentó aliado al PRI en los comicios de Baja California y en alianza sólo con Convergencia en Yucatán. Otro ejemplo fueron las recientes elecciones en Guerrero, donde López Obrador apoyó al candidato de Convergencia en Acapulco en oposición a la candidata perredista apoyada por el gobernador Zeferino Torreblanca y por la corriente Nueva Izquierda. Recientemente, el PT y Convergencia formalizaron un acuerdo para competir juntos en las elecciones intermedias de 2009, dejando afuera de la misma al PRD¹⁹.

Las elecciones estatales y municipales de los últimos años muestran que, si bien a nivel federal es ahora la tercera fuerza política, en el ámbito local el PRI sigue manteniendo una presencia importante y, en algunos municipios, prácticamente inalterada y fuertemente consolidada durante más de siete décadas ininterrumpidas de gobierno. El PRI ha sabido capitalizar las divisiones y conflictos dentro del PRD y del PAN para ganar en la mayoría de las elecciones locales²⁰. Asimismo, en algunas de las negociaciones en el Congreso de la Unión, su experiencia política le ha permitido recobrar cierto espacio perdido, jugando como fiel de la balanza frente al PAN y el PRD.

Sin embargo, también en el otrora partido hegemónico existen grandes divisiones, mostrando varias cabezas y muy diversas caras. Esta fuerza política parece todavía no haber logrado recuperarse de la gran derrota de 2000, cuando

tega y Alejandro Encinas, representan justamente las posturas divergentes antes mencionadas. Se definieron los resultados de esas elecciones llenas de irregularidades con un fallo del Tribunal Electoral a favor de Ortega, que vuelve a generar especulaciones sobre una ruptura dentro del PRD con la posible salida de López Obrador (“PRD, al borde de fractura por fallo” en *El Universal*, México, 15 de noviembre de 2008).

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ De 32 elecciones locales realizadas desde 2006 hasta la fecha, el PRI triunfó en 22 (Estado de México, Campeche, Colima, Nuevo León, San Luis Potosí, Tabasco, Yucatán, Chihuahua, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Sinaloa, Puebla, Tamaulipas, Quintana Roo, Hidalgo, Nayarit, Coahuila, Guerrero), el PAN en 6 (Guajuato, Jalisco, Querétaro, Sonora, Baja California, Tlaxcala) y el PRD en 3 (Distrito Federal, Michoacán, Baja California Sur), mientras que estos dos últimos partidos compartieron con porcentajes similares las elecciones en Morelos.

perdió la Presidencia que, al menos desde su creación y sobre todo a partir del gobierno de Lázaro Cárdenas, era el actor principal de la escena política mexicana y el que mantenía la cohesión interna del entonces partido de Estado. Dicha pérdida ha llevado a una fragmentación y multiplicación de los cacicazgos regionales y sectoriales, que se mueven en función de motivaciones y agendas propias, sin lograr encontrar puntos de contacto para unificar intereses tan dispersos.

Todos estos elementos dan como resultado un sistema político altamente desestructurado. Tanto los partidos políticos como el sistema en su conjunto atraviesan por una crisis profunda. Pero el desorden no se limita al sistema político mexicano, sino que también abarca a las organizaciones y movimientos sociales.

La emergencia de múltiples referentes políticos y su difícil articulación

El desgaste del predominio priísta durante los años noventa, que se puso en evidencia con la pérdida de la Presidencia a manos de Vicente Fox en 2000, trajo aparejado la aparición de múltiples y heterogéneas fuerzas y luchas que van desde el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y la *otra campaña*, el Ejército Popular Revolucionario (EPR), pasando por los electricistas del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), los maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y otras trabajadoras, trabajadores, sindicatos, organizaciones y personas agrupadas en distintas expresiones como el Frente Sindical Campesino Indígena Social y Popular, el Diálogo Nacional y la Promotora por la Unidad Nacional Contra el Neoliberalismo, hasta la emergencia de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) y el movimiento ciudadano encabezado por López Obrador.

La anticipada campaña electoral, los conflictos al interior de los partidos políticos para definir sus candidatos y la abierta confrontación entre los partidos constituyeron un escenario de oportunidad política que los distintos grupos y organizaciones buscaron capitalizar a su favor.

Tal fue el caso de las y los zapatistas, quienes lanzaron en junio de 2005 la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, en la que convocaron a la realización de una serie de encuentros con distintos sectores de izquierda en el marco de la campaña nacional con otra política, por un programa nacional de lucha de izquierda y por una nueva Constitución: más conocida como la *otra campaña*. El objetivo era justamente articularse con otras luchas y resistencias en

todo el territorio mexicano y, al mismo tiempo, recuperar la iniciativa y romper el aislamiento —tanto político como mediático— que se había venido constituyendo en los últimos años en torno al zapatismo.

Sin embargo, a diferencia de lo que había sucedido con el levantamiento de 1994, donde el EZLN logró funcionar como catalizador de varios de los movimientos y protestas que existían entonces en México²¹, el lanzamiento de la Sexta Declaración y la *otra campaña* no parece haber conseguido la misma convocatoria. La nueva iniciativa zapatista ha tenido que enfrentar acontecimientos inesperados, que no hicieron más que complejizar el escenario en el cual se ha tenido que mover y ha buscado incidir la *otra campaña*. Al poco de andar, los conflictos sociales que estallaron en San Salvador Atenco y en Oaxaca a mediados de 2006 alteraron el proceso y obligaron temporalmente a suspender el recorrido.

Especialmente el conflicto oaxaqueño se convirtió rápidamente en un nuevo referente político, atrayendo el foco de atención de la opinión pública, analistas y medios de comunicación, lo cual provocó a su vez que la ya escasa cobertura mediática de la iniciativa zapatista se redujera aún más²². El violento desalojo de un plantón de la Sección 22 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) por parte del gobierno del priísta Ulises Ruiz Ortiz, detonó el estallido que llevó a la conformación de la APPO. En las semanas siguientes se fueron incorporando diversas organizaciones, colectivos y personas que empezaron a llevar adelante distintas iniciativas denunciando el autoritarismo, el uso discrecional de recursos públicos y la represión a distintas organizaciones por parte del gobernador de Oaxaca y pidiendo en consecuencia su destitución²³. Esta capacidad de organizarse como un movimiento de movimientos ha despertado gran interés y repercusiones en distintos sectores de México y el mundo, pero quizás

²¹ Ante la amplia cobertura mediática, las repercusiones y movilizaciones en distintos sectores de la sociedad, el zapatismo fue modificando su proyecto político, haciendo que la opción armada inicial fuera desplazándose hacia un accionar más político a través de distintas iniciativas con otros actores políticos y sociales. A su vez, las fuertes críticas hacia el sistema de partido de Estado mexicano permitieron al movimiento zapatista articular una multiplicidad de grupos y protestas, puesto que —como señala Zermeño— dada la presencia históricamente fuerte del Estado que ha funcionado como principio unificador de la sociedad mexicana, en contrapartida permite revueltas generalizadas y generalizables en contra del adversario estatal compartido. Cfr. Zermeño, Sergio, *op. cit.*

²² Hernández Navarro, Luis. “El regreso de la otra” en *La Jornada*, México, 27 de marzo de 2007.

²³ Osorno Diego, Enrique. *Oaxaca sitiada. La primera insurrección del siglo XXI*, México: Grijalbo, 2007.

sea también uno de los mayores obstáculos con el que actualmente tenga que lidiar.

Otro de los referentes que se ha consolidado en el convulsionado 2006 ha sido el movimiento encabezado por López Obrador. Las irregularidades durante la campaña electoral y el día mismo de las elecciones generaron grandes movilizaciones en contra del fraude y de la imposición de Calderón como Presidente. Al igual que en 1988 lo había hecho Cuauhtémoc Cárdenas, López Obrador nuevamente supo capitalizar el descontento social, como ya él mismo lo había hecho durante el conflicto por el desafuero en 2005. Sobre la base de la enorme multitud de mexicanas y mexicanos que tomaron las calles y el Zócalo de la capital, llamó a la creación de la Convención Nacional Democrática (CND) y, desde entonces, se ha convertido en el principal factor de convocatoria popular, generando igualmente amores y odios.

A su vez, la polémica en torno a las elecciones, el avance de las reformas a la seguridad social y al sector energético con el gobierno de Calderón y la apertura total del TLCAN a los productores agrícolas a partir de 2008 han vuelto a movilizar a una gran cantidad de organizaciones sindicales, campesinas y populares. En 1999, a partir de los intentos del gobierno de Zedillo de abrir el sector energético a la inversión privada, el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) y otras organizaciones sindicales ya habían empezado a organizarse y movilizarse para impedir la privatización de empresas públicas y otras reformas de corte neoliberal. En ese entonces, esas medidas fueron impedidas por la confluencia de estas grandes movilizaciones en las calles con opositores consecuentes y de ocasión, repartidos entre el PRD y el PRI en el Congreso²⁴. Sobre la base de estos logros y frente a los sucesivos intentos de avanzar en las reformas neoliberales, fueron surgiendo otras expresiones tendientes a articular las distintas luchas, como el Frente Sindical Campesino Indígena Social y Popular, el Diálogo Nacional y la Promotora por la Unidad Nacional Contra el Neoliberalismo.

Esta multiplicidad de referentes y la diversidad de las luchas, concepciones ideológicas y lógicas de los distintos grupos dificultan, en algunos casos, la posibilidad de pensar su articulación. En otros, las razones que impiden tender lazos entre los mismos no son tan claras. Una de las grandes

²⁴ Bartra, Armando. “Dilemas históricos y actuales de las luchas populares en México” en *Colectivo Situaciones, Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Buenos Aires: Tinta Limón, diciembre de 2005, pp. 139-179.

divisoria corresponde a las perspectivas entre quienes buscan el derrocamiento del gobierno y/o el acceso a cargos públicos a través de elecciones, y quienes enfocan la transformación a partir del esfuerzo organizativo local, en las bases. La primera tendencia estaría claramente representada por el movimiento ciudadano encabezado por López Obrador, mientras que el zapatismo, con la *otra campaña*, estaría explorando el segundo camino. Muchos han sido los debates y especulaciones sobre la necesidad de tender puentes y canales de comunicación entre ambas tendencias²⁵, aunque parece difícil lograrlo entre dos caminos, dos lógicas que se presentan como contrapuestas.

Por el lado de la *otra campaña*, la apuesta es justamente tratar de articular los distintos grupos y colectivos organizados de múltiples maneras y actualmente dispersos por todo el territorio mexicano para generar un cambio por fuera de las instituciones políticas. Como su nombre lo indica, la iniciativa zapatista busca otra forma de pensar y hacer política diferente a la de los partidos y a la lógica electoral, poniendo el énfasis en la necesidad de pensar el cambio desde las prácticas sociales y la conformación de nuevas subjetividades. Más claramente a partir de la Sexta Declaración y la *otra campaña* hay un distanciamiento del modelo tradicional de organización política, desplazando la lucha centrada en el sistema político hacia formas de acción que conciernen a la vida cotidiana y que buscan más bien modificar matrices culturales²⁶. De todos modos, la ruptura con el sistema político y, sobre todo, la contundencia y el tenor de las críticas contra el PRD y su candidato presidencial López Obrador, polarizaron la opinión de dirigentes, militantes e intelectuales de izquierda. Esta posición, sumado al inusitado atractivo que adquirió la lucha electoral, terminó alejando a varios grupos de la *otra campaña* y a parte de la intelectualidad que en el pasado habían apoyado al movimiento zapatista.

Dentro de la otra tendencia, si bien el conflicto post-electoral pudo haberse diluido o perdido fuerza, ciertamente sigue ahí latente, generando tensiones y polarizaciones que ni Calderón ni nadie parece atenuar, dando lugar a que López Obrador siga siendo un factor importante de convocatoria, como se ha puesto nuevamente de manifiesto con las

²⁵ Véase, entre otros, los artículos: Montemayor, Carlos. "Las dos campañas" en *La Jornada*, México, 11 y 12 de agosto de 2005; Almeyra, Guillermo. "El señor López y el señor Marcos" en *La Jornada*, México, 10 de julio de 2005; Dussel, Enrique. "La doble campaña" en *La Jornada*, México, 4 de enero de 2006.

²⁶ Cfr. Melucci, Alberto. "Teoría de la acción colectiva" en *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México, 1999, pp. 25-54.

movilizaciones contra la reforma del sector energético. Sin embargo, también en este último caso las movilizaciones han mostrado uno de los límites vinculados a su organización y sus métodos de acción. A la hora de pensar en el movimiento, la noción que se maneja es la subordinación a las decisiones de López Obrador, mientras que la participación se limita a refrendar y seguir sus propuestas, sin la posibilidad real de tomar decisiones estratégicas y programáticas. Como señala Adolfo Gilly²⁷, la dirección de la CND fue plebiscitada a mano alzada, sin ninguna discusión política entre los miles de mexicanos y mexicanas reunidos en el Zócalo el 15 de septiembre de 2006. En ese mismo sentido, quienes se afiliaron a la CND en todo el país fueron declarados representantes directos del llamado "Presidente legítimo" y son investidos como tales mediante una credencial firmada por el propio López Obrador. Esta inversión de los papeles entre representantes y representados fue manifestada por López Obrador cuando respondió a Carlos Navarrete—coordinador de las senadoras y senadores perredistas—, en medio de una discusión sobre las movilizaciones contra la reforma del sector energético, que "[el movimiento] soy yo" (Ochoa, 2008), rememorando la famosa frase de Luis XIV²⁸.

Resulta interesante detenerse un momento en la situación de la APPO, ya que se encontraba atravesada por las tensiones entre las tendencias antes mencionadas: enfocar la lucha a través de las elecciones y las presiones sobre las instituciones políticas, o buscar cambiar las relaciones sociales al nivel de las bases y la vida cotidiana. De hecho, quizás sea el movimiento más cercano al zapatismo, puesto que pueden trazarse indudables puntos de contacto, e incluso es bastante clara la influencia zapatista en cuanto a la organización, demandas y discurso de varios de los grupos y colectivos apistas. Pese a ello, las y los zapatistas se han limitado a solidarizarse con el movimiento oaxaqueño y vincularse sólo a través de las organizaciones y personas que forman parte de

²⁷ Gilly, Adolfo. "Reflexiones para una izquierda no subordinada" en *La Jornada*, México, 28 de noviembre de 2006.

²⁸ Para Zermeño, la situación de desorden lleva a la apelación de un líder como única esperanza para superar la crisis, permitiendo hablar del renacimiento de la relación líder-masa. No conviene referirse a este fenómeno como un regreso del populismo, ya que en muchos casos de América Latina dichas experiencias significaron un fortalecimiento de los órdenes intermedios de representación (partidos, sindicatos, organizaciones campesinas, etc.), mientras que en la actualidad éstos se encuentran en crisis. A este fenómeno contribuye un rasgo de la matriz de funcionamiento de la escena política mexicana que también señala Zermeño: la atracción por el vértice de la pirámide más que por la base. Todo esto redundaría en un regreso del verticalismo en lugar de un reforzamiento de lo social. Zermeño, Sergio, *op. cit.*

la *otra campaña* en Oaxaca. Esto se debe a la gran diversidad de grupos que confluyen en el movimiento, donde participan algunas agrupaciones perredistas y otras organizaciones que, entre otras cosas, llevaron a discusiones sobre la posición de la APPO frente al movimiento lopezobradorista así como a las elecciones locales de 2007. Si bien en febrero de ese año se había discutido y decidido dentro de la APPO continuar la lucha social desde abajo y al margen de las instituciones, acercándose a las posiciones de la *otra campaña*, hubo consejales del movimiento que participaron en las elecciones al Congreso local. Frente a ello, aparecieron pintas de algunos grupos de la APPO que decían: “Nuestros muertos no caben en las urnas”²⁹, retomando el grito alzado por otros movimientos de América Latina.

A esas tensiones internas se suman dificultades por las particulares condiciones en las cuales se inscriben las luchas sociales hoy en México. La brutal represión y persecución política que se pusieron de manifiesto en San Salvador Atenco y Oaxaca a mediados de 2006 no hicieron más que profundizarse con la asunción de Calderón. La lucha contra el narcotráfico dio la excusa para una creciente militarización y criminalización de la protesta social. Esta situación ha reducido el espacio para el accionar político, al tiempo que ha hecho que gran parte de las organizaciones y colectivos centren sus esfuerzos organizativos en la búsqueda de acciones contra la represión, la lucha por la liberación de las presas y presos políticos, y por la presentación de los desaparecidos. Precisamente en reclamos por la aparición de dos de sus miembros, el EPR volvió a escena con la reivindicación de atentados a ductos de Petróleos Mexicanos (Pemex) en julio y septiembre de 2007. Si bien la demanda es legítima y lograron establecer una instancia de mediación con el gobierno, los medios adoptados por este grupo armado dificultan las posibilidades de articular las luchas con otros grupos y agregan más elementos para complejizar y desordenar la escena política mexicana actual.

De esta manera, una de las cuestiones centrales de las luchas políticas y sociales en México sigue siendo cómo acompañar, articular y fortalecer las distintas resistencias y experiencias particulares. Resulta claro que estos grupos y personas tienen la ardua tarea de generar una dinámica inclusiva que incorpore el mayor número de organizaciones,

²⁹ Campbell, Scott. “La APPO, dos años después: ¿adónde va el movimiento social de Oaxaca?” en *Rebelión*, 7 de septiembre de 2008. Disponible en: <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=72307>> [Consultada: 07-09-2008].

colectivos y personas en la discusión y definición de un proyecto político alternativo.

¿Hacia el 2010?

Varias de las personas con las que tuve oportunidad de hablar o artículos que leí recientemente sobre México hacen mención a la fecha simbólica de 2010. En un libro reciente, el periodista Diego Osorno³⁰ también resalta esta persistente alusión en pancartas y consignas en distintos movimientos sociales que se extienden todo a lo largo de la geografía mexicana. Tanto en el recorrido de la *otra campaña* como en las movilizaciones contra la construcción de la presa La Parota en Guerrero apareció esa consigna. Lo mismo en el conflicto que estalló hacia fines del gobierno foxista en San Salvador Atenco, en el Estado de México, o en la toma de la siderúrgica local por los trabajadores en Lázaro Cárdenas, Michoacán, donde en una manta se podía leer: “Fox: el 2010 está cerca”. Esa misma frase, pero ahora dirigida a Calderón, se dejó ver en una pancarta en una de las grandes marchas durante el conflicto en Oaxaca. “Si no hay solución, habrá revolución”, fue el grito de las viudas de los 65 mineros sepultados en Pasta de Conchos, Coahuila.

Es que en México se produjo la Independencia en 1810, y en 1910 se inició la Revolución. Estos dos acontecimientos construyen en el imaginario colectivo mexicano la idea de que cada 100 años se produce un gran estallido. Tanto en 1810 como en 1910 coincidieron un contexto de desorden a nivel internacional con una serie de desajustes internos, en buena medida desatados por intentos modernizadores. Para varios, esa coincidencia también parecería estar dándose en la actualidad con la confluencia de la crisis económica mundial que ya está afectando a México, los conflictos entre y hacia adentro de los partidos políticos y la escalada de violencia que viene generando la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado.

Quizás al final no suceda nada, o sólo sea un estallido que cambie unas pocas cosas. Aunque, probablemente, a un nivel mucho más difícil de observar a simple vista, estos símbolos despierten cierto imaginario y empiecen a generar movimientos y modificaciones más lentas en las subjetividades. Y en el caso particular de la cultura política mexicana, la fuerza de los símbolos no puede menospreciarse.

Asimismo, como lo muestra la situación de los estallidos de 2006 y pese a algunas tensiones y fragmentaciones, la escena política no regresa a su estado anterior, en tanto

³⁰ Osorno, Diego, *op. cit.*

quedan abiertos márgenes de maniobra para quienes resisten, quienes buscan construir formas políticas alternativas a través del trabajo territorial y cotidiano desde la base. Fuera de los reflectores y de la cobertura de los medios masivos, se multiplican experiencias, esfuerzos organizativos y encuentros entre distintos grupos, organizaciones y personas.

En tal sentido, cabe recordar a Antonio Gramsci, que ya hace algunos años destacaba que las crisis –sean políticas, sociales o económicas– no producen por sí mismas acontecimientos fundamentales. Sólo crean un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras alternativas de pensar, de plantear las cuestiones y de actuar. Para que una crisis desemboque en un proceso revolucionario es preciso que exista previamente una fuerza que exprese el cambio subjetivo: “El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable”³¹.

Asimismo, enmascarado bajo un lenguaje militar, Gramsci advertía lúcidamente a la izquierda de su época que el poder de la clase dominante se sostiene no sólo en el Estado, sino que descansa sobre una sociedad civil avanzada y compleja. Por lo tanto, el movimiento revolucionario no puede triunfar a través de una *guerra de movimiento* que

ataque al vértice del aparato estatal, sino en la medida que se vayan conquistando y asegurando las *posiciones* o “trincheras” de la sociedad civil. Esto es, la transformación de la realidad implica la necesidad de articular la lucha política y la lucha ideológica para ir construyendo una “visión del mundo” opuesta a la hegemonía dominante.

De ahí se entienden los esfuerzos por alcanzar una articulación entre las diversas luchas y experiencias organizativas frente a la crisis política, así como el rechazo por parte del zapatismo a la estrategia de tomar el poder y la apuesta de la *otra campaña* por transformaciones más paulatinas impulsadas, desde sus propios espacios, por organizaciones, colectivos y personas en la sociedad a través de la recreación de subjetividades y la concreción de proyectos alternativos, frente al sistema político que cuenta con demostrados recursos para recomponer o, al menos, sobrellevar los momentos críticos. Tal como bien lo señalan las y los zapatistas: “Aunque es palpable lo profundo de la crisis de la política de arriba, nosotr@s l@s zapatistas sabemos bien que, si no hay alternativa de abajo, los de arriba terminan por arreglarse y darse un nuevo respiro”³². No hay duda de que estas palabras parecen seguir las enseñanzas políticas del viejo Antonio.

³¹ Gramsci, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1998, 6ª edición, p. 62.

³² EZLN, “L@s zapatistas y la Otra: los peatones de la historia.V”, septiembre de 2006. Disponible en: <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/la-otra-campana/468>>. [Consultada el 02-09-2007].

